

# **INTERVENCION DEL SEÑOR MINISTRO DE GOBIERNO DOCTOR CARLOS LEMOS SIMMONDS EN LA INAUGURACION DE LA CASA SEDE DE LA FUNDACION PARA LA EDUCACION SUPERIOR —FES— Y CONMEMORACION DE LOS 25 AÑOS DE LA ENTIDAD**

Cali, 21 de febrero de 1990

Doctores

SABAS PRETEL DE LA VEGA, presidente;  
ALFONSO OCAMPO LONDOÑO, vicepresidente;

HUGO LORA CAMACHO, director general de la  
Fundación para la Educación Superior -FES-

Señoras y señores:

Estamos reunidos aquí esta noche para inaugurar la casa sede de la Fundación para la Educación Superior, acto con el que la entidad conmemora sus bodas de plata. Es apenas natural que la celebración se lleve a cabo en la capital del Valle, pues aquí surgió la idea de crear una fundación que propiciara el desarrollo del país dando apoyo a programas de carácter educacional, científico y cultural en beneficio especialmente de los grupos menos favorecidos.

Por sus gentes emprendedoras y por su inmenso potencial económico, ha sido el Valle del Cauca, sobre todo en los últimos años, origen de audaces proyectos con los cuales el sector privado viene contribuyendo decisivamente a la solución de los problemas nacionales. Es para mí altamente honroso tener voz en este foro que me permite exponer ante ustedes algunas opiniones sobre la situación del país, tema que es motivo de constante preocupación de la FES, de sus directivos, encabezados por su eficiente di-

rector, el doctor HUGO LORA CAMACHO, y desde luego de todos los aquí presentes.

Muchas veces se ha hablado, y con razón, de las dos Colombias —distanciadas, incomunicadas, en ocasiones hostiles— para explicar algunos, cuando menos, de los crónicos males del país. Habría así una Colombia rural enfrentada a una Colombia urbana. Una Colombia pobre explotada por una Colombia rica. Un país burocrático que medraría a expensas del país a secas y un país nacional sistemáticamente burlado por los ardides del país político, que revelarían por qué la nación crece tan desigualmente, por qué, aunque se lo propone, no se enmienda, y por qué los afanes de todos los días no encuentran expresión adecuada en nuestro copioso repertorio de normas y reglamentos institucionales.

Todo esto parece lógico, y hasta podría decirse que la explicación es más acertada que novedosa. Colombia no es, en cuestiones como estas, una excepción. De muy parecida manera se comportan sociedades más viejas o más desarrolladas que la nuestra. Es más: como observaba alguien, debemos darnos por bien servidos de que el país no tenga que sumar a sus muchas tribulaciones un conflicto racial, la confusión de lenguas o un problema de nacionalidades irredentas, como ocurre en tantos otros Estados del mundo hoy afectados por crisis que amenazan su propia integridad.

Pero si bien es cierto que no estamos enfrentados a esa clase de riesgos y que sobre las otras brechas se han ido tendiendo puentes que sólo nuestro egoísmo, nuestra ignorancia o nuestra indolencia nos impiden transitar, es preciso admitir que sobre el alma de Colombia se ha abierto y se ensancha una herida tremenda por la que se escapan a torrentes, y a cada nueva pulsación de su corazón vigoroso, los jugos vitales del país. Esa grieta, lacerante y profundísima, esclarece, sin justificarlo, el insólito comportamiento de la nación. En efecto, quien en el exterior, y sin conocernos, lea sólo las noticias económicas que produce Colombia, tiene que llegar a la conclusión de que el nuestro es un país que vive y prospera en paz. De otra manera, ¿cómo explicar índices tan favorables como el de la producción agrícola, el empleo, las reservas en divisas o la disminución de los niveles de pobreza absoluta? O si se comparan con los de tantas otras naciones de características similares a Colombia, ¿cómo interpretar aquellos que tienen que ver con la inflación, el desarrollo, el poder adquisitivo de los salarios, el ingreso per cápita o el crecimiento de las exportaciones, a pesar de los atentados contra los oleoductos y el derrumbe del Acuerdo Mundial del Café? Y por el contrario, quien sepa sólo de las noticias que genera el orden público (la actividad criminal y ya sin justificación política ninguna de las guerrillas, la más abominable aun del narcotráfico, la ubicua y despiadada de la delincuencia común) tiene que suponer que el nuestro es un país en ruinas, destruido por las bombas, paralizado por las descargas de fusilería y de pronóstico económico tan desesperado, que se supone que a nadie se le pasa por la cabeza la idea de invertir en él.

Naturalmente quienes vivimos en Colombia o quienes viviendo afuera la conocen bien, sabemos que la realidad es otra, y que dentro de unas mismas fronteras coexisten, y en ocasiones hasta conviven, en lucrativo pero dañoso ayuntamiento, los que trabajan y los que asesinan; los que edifican y los que destruyen; los que ilustran y los que corrompen; los victimarios y sus víctimas, en una extraña y turbulenta confusión.

Un examen superficial de este fenómeno, tal vez sin parecido en el mundo, haría pensar en dos Colombias, la laboriosa y la violenta, que se dan la espalda y que responden a dos patrones de comportamiento antagónicos, separados por ese muro de hechiza insensibilidad que suele convertirse en coartada para la inacción. Sin embargo, creo que limitarse a condenar a una de esas Colombias y apresurarse a exonerar a la otra sería una actitud sospechosamente simple. Porque no cabe duda de que la coexistencia de esos dos países, el de signo adverso y el de hori-

zontes promisorios, el floreciente y el sangriento no es otra cosa que la desoladora manifestación de una inmensa, generalizada y ciertamente nada nueva crisis moral.

Durante muchos años el país se preparó para administrar inteligentemente sus recursos. Una clase dirigente esclarecida, la que llegó a la vida pública al comienzo de la década de los treinta, sacó al país de la apatía en que había caído después del abrupto final del experimento desarrollista del general Reyes, pero le enseñó que la audacia, cuando no está regulada por la templanza, se puede convertir en estímulo para la descomposición. Si el país progresó arregladamente, sin desbocarse, ni moverse a bandazos entre la áurea ilusión de la extrema opulencia y las pesadumbres de la insolvencia total, fue porque se lo educó para la sobriedad. Y dentro de la idea de que la riqueza debe ser ganada con esfuerzo, gastada con continencia y administrada con honradez.

Infortunadamente, la convicción de que esa norma de conducta, por obvia, no tenía que ser enseñada y exigida como la única socialmente aceptable a las nuevas generaciones que empezaban a moverse en un mundo económicamente más fluido, más laxo y desde luego más atrevido, condujo a una lenta alteración de las costumbres que acabó por resultar devastadora. Las escuelas, los colegios, las universidades, empezaron a formar buenos productores pero no buenos ciudadanos. Se adiestró a la gente joven para obtener de su trabajo el máximo beneficio personal, sin percibir que ese propósito demandaba un alto grado de indiferencia social. Mientras más providentes nos volvíamos los colombianos en la administración de nuestros recursos económicos, menos exigentes nos hacíamos en la satisfacción de nuestras responsabilidades morales. Aumentaban halagadoramente los niveles productivos, pero crecían también, alarmantemente, los niveles delictivos. Los colombianos nos hacíamos más eficientes, pero también más complacientes. Entramos en un período de desarrollo creciente pero también en un ciclo de profunda depresión moral. Cuidamos celosamente la sanidad de la moneda, pero descuidamos la sanidad de las costumbres. Nos revaluamos económicamente pero nos devaluamos moralmente. Y sin darnos cuenta terminamos por establecer una bolsa de valores éticos, en donde jugar a la baja se convirtió en la operación más lucrativa.

Contra semejante estado de cosas hay que reaccionar pronta y vigorosamente. Hoy nuestro problema no es económico sino moral. Al revés de lo que ocurre en el resto de los países de América Latina, nuestra lucha no es contra la

inflación desbocada sino contra la inmoralidad galopante. La causa de nuestros padecimientos no es la deuda contraída en el exterior sino la inmensa que está por saldarse dentro de nuestras propias conciencias. El país está en déficit, pero de probidad.

Por eso, Colombia, más que una bonanza petrolera u otra bonanza cafetera necesita una gran bonanza moral. A la empresa de devolverle su más alta cotización a la honestidad, al decoro y a la vergüenza, debemos aplicarnos sin tardanza, y con perseverante fervor, todos los colombianos.

Frente a la aterradora evidencia de nuestra bancarrota ética, es preciso que nos declaremos en estado de concordato moral. No puede haber empeño más apremiante, ni con plazos más perentorios, que el de devolverle a la nación, a sus gentes, a sus usos y costumbres, al lenguaje y a los gestos, al trato de todos los días, a los negocios y a la política, al servicio público y hasta a la misma vida íntima, esa denuncia que arrasó el huracán utilitarista.

Para lograr ese objetivo es esencial reeducar al país. Crear una nueva pedagogía que sustituya la ética de la rapacidad por esa clara y diáfana de sólidos valores honorables de que hablaba hace pocos días el doctor Lora Camacho. Y esa tarea la tiene que cumplir nuestra generación en brevísimo tiempo, no tanto porque tenga una mayor responsabilidad que las demás en el desastre, como porque si no es ella la que sacude al país, ahora, y lo saca del abatimiento moral a que lo llevó la creencia de que todo debe ser conseguido a prisa, sin miramientos, ostentadamente y por el camino fácil, las que vengan después tendrán suerte si logran sobrevivir en la atmósfera ponzoñosa que genera un organismo en ya franco e irreversible estado de descomposición.

Pero también hay que educar al país para el valor. La nación no puede seguir acorralada por el miedo y en la lastimosa actitud de pedir un tratamiento benévolo y hasta obsequioso para quienes la han avergonzado, injuriado, atropellado y herido más allá de toda medida, y de la manera más calculadamente ruin. Colombia no puede dejarse "estocolmizar" y perdonar a quienes han cometido las peores fechorías, simplemente por el hecho de declarar ellos, al sentirse acorralados por la enérgica acción del Estado, que no las volverán a cometer. Hay que hacerles pagar por lo que hicieron. Y nosotros, tenemos que reaccionar contra lo que se podría denominar el "síndrome de la carrera décima", que es el fenómeno característico de esa arteria de Bogotá, conforme al cual, cuando un raponero le arranca salvajemente un arete a una

pobre señora y corre, todos empiezan a gritar que lo cojan; pero si llega a ocurrir que un policía captura al rufián, y lo obliga a entregar el botín, de inmediato todos lo empiezan a insultar y a exigir que lo suelte.

En este país no podemos seguir en la actitud absurda de salir a las calles a pedir justicia a gritos cuando se asesina, entre tantos buenos compatriotas más, y por los más viles motivos, a un hombre de las calidades excelsas de Luis Carlos Galán y a los seis meses de su muerte violenta, recomendar que se entre en tratos con sus asesinos, tan sólo porque devuelven a gentes de bien secuestradas por ellos con la mayor avilantez, precisamente para demostrar toda su capacidad criminosa.

Si Colombia no aprende a actuar con decisión contra los delincuentes; si no los persigue y no los castiga; si sus líderes no le enseñan con el ejemplo y los maestros con su autoridad a enfrentar a los criminales valerosamente y cualesquiera que sean los riesgos, todos terminaremos secuestrados material o anímicamente por ellos. Entonces, esta ya no será una orgullosa nación de ciudadanos sino una acobardada muchedumbre de rehenes.

Ninguna circunstancia más propicia para proponer esa pedagogía nueva que ésta en que la Fundación para la Educación Superior conmemora los veinticinco años de su admirable existencia con la apertura de una sede abierta, amplia y aireada que refleja lo que ha sido su tarea a lo largo de todos estos años. La FES se ha propuesto entre sus metas la formación de líderes expertos en las diversas disciplinas profesionales, con amplia capacidad administrativa y un profundo conocimiento de los problemas nacionales. Pero también es esencial, como lo señalara el doctor Lora Camacho, que esos líderes sean plenamente respetados por la comunidad por su ascendiente ético. En el estado actual de crisis, no de orden económico sino moral, la FES está llamada a colocarse a la vanguardia de la tarea educativa que me he permitido sugerir, tarea que habrá de reevaluar a la Colombia laboriosa y valiente por sobre la Colombia violenta y utilitarista.

Sólo me resta reiterar mis agradecimientos a los directivos de la FES por esta grata oportunidad para exponer unas cuantas ideas sobre los problemas del país, y lo que pienso debe hacerse para solucionarlos, ante un auditorio tan sobresaliente como tolerante. Asimismo, deseo felicitar a quienes han contribuido, en estos veinticinco años de labor constante, a hacer de la Fundación una institución ejemplar en el campo social y educativo y un espléndido símbolo de la pujanza del Valle del Cauca.